

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA CIVILIZACION Y LA GUEBRA (*).

II.

Feraces campiñas convertidas en eriales, frondosos bosques reducidos á cenizas y populosas ciudades á montones de escombros, huellas son que estampa la guerra en la superficie de nuestro globo y que solo llegan á borrarse con el transcurso de los años. El tiempo es el gran reparador de los males que afligen á la humanidad, aunque es á veces obra de siglos la reparacion de los estragos causados en un solo dia; pero lento ó rápido aparece al fin el trabajo de reconstrucción en que intervienen de consuno el hombre y la naturaleza. Levántanse los edificios derruidos, retoña la raigambre oculta, cultívanse las vegas taladas, y nuevas generaciones reemplazan á las que dejaron insepultos sus huesos en los campos de batalla. Secáronse los raudales de lágrimas, ó cerráronse para siempre los ojos que no podían agotarse; y la sangre que no evaporaron los rayos del sol, infiltrándose en los desnudos terrones, se transformó en nutritivo jugo de abundante cosecha.

Por esto los males de las pasadas guerras, sempiterno tema de las narraciones históricas, no hieren nuestra sensibilidad hasta el punto de hacernos indistintamente abominable la memoria de sus autores. Vémoslos en lontananza y al través de un prisma convencional:

presentánsenos como velados por una atmósfera semejante á la que mitiga la dureza de los contornos en las pinturas de hábiles maestros, y por mas que sepamos que aquellos estragos fueron reales y positivos, no nos impresionan mas vivamente que los fingidos horrores de una tragedia. Apartando la imaginacion del lado odioso, haciendo caso omiso de los pormenores ó agrupándolos con la frialdad de un confeccionador de estadísticas, nos dejamos seducir por algunos accidentes dramáticos, por algunos rasgos de temeridad ó de terrible grandeza; y cediendo al falaz prestigio de la gloria atribuida á los héroes de bélicas empresas, sin pararnos á examinar los quilates ni la justicia ni la necesidad de esta gloria, les contemplamos coronados de laurel y ceñidos de una auréola de poesía.

La civilizacion ha rasgado ese manto de púrpura y oro, que encubria las manchas de sangre y hacia al que lo llevaba objeto de admiracion y de envidia. Esta era la recompensa del valor personal, cualidad indispensable para adquirir fama y nombradía en las guerras antiguas, y de la cual se hallaban dotados los bravos caballeros y los espertos caudillos. Para ser buen guerrero se requería, no solo un alma de vigoroso temple, sino hasta una organizacion adecuada á tan peligroso oficio. El valor personal tenia una parte directa en la realizacion de las famosas proezas, que casi convertían en seres legendarios á los que con

(*) Véase el número 80 pág. 218.

la punta de su espada grababan su nombre en la historia militar de las naciones. Pero este valor no es el estúpido indiferentismo que pudiera infundir el hastío de la vida; no es el ciego arrojo del que se lanza al peligro, destituido de medios para dominarlo. Para ser una virtud moral, una cualidad digna del hombre y distinta de la que poseen feroces alimañas, es preciso que se apoye en fundamentos racionales. El valiente ha de contar con recursos propios que le permitan abrigar la esperanza de poder salir mas ó menos ileso del duro trance en que se vé empeñado. Julio Gerard acechando al rey de las selvas desde una posicion por él escogida, confiando en la agilidad de sus miembros y en la serenidad de su pecho, seguro de sus armas y de su ojo certero, daba con su audacia una muestra de su valentía; el que inerme, flaco y desatentado se espusiese á las garras de un leon hambriento, no daría una prueba de valor sino de locura. El soldado que permanece quieto delante de una invisible batería de ametralladoras, y sabe que de un momento á otro ha de envolverle un diluvio de proyectiles, sin que nada pueda salvarle mas que la casualidad de que ningun tiro le enfile, realiza un acto de heroica abnegacion, de patriótico sacrificio, de ciega sumision á la disciplina, mas no del valor que producía antiguamente las hazañas consignadas en los fastos militares.

Si el valor personal no es una cualidad del todo supérflua en las actuales guerras, al menos quedan grandemente rebajadas su utilidad y su importancia. El miedo á las severidades de la ordenanza bastaría tal vez para mantener la disciplina, y produjeran un mismo efecto el valor y la cobardía. Ahora el individuo queda enteramente absorbido y anulado por las inauditas proporciones de esas formidables masas puestas en movimiento. El soldado moderno no es ya la continuacion ni siquiera el perfeccionamiento del soldado antiguo: es un pequeño mecanismo, un autó-mata que obedece á la voz como pudiera á la presion de un resorte, una pieza mas de esa inmensa maquinaria, que despidiendo rios de fuego y montes de proyectiles, resuelve estre-

pitosamente las cuestiones internacionales. La guerra moderna es un juego de ajedrez en que gana el que acumula mas fuerzas sobre un punto determinado, y la pericia del general consiste en conducir las allá en número suficiente, no ya para vencer sino para aplastar, para barrer, para esterminar al enemigo. No basta la victoria, se necesita una carnicería. Si la ciencia es quien decide, bien pudiéramos consolarnos de que los combates sean menos poéticos con tal que fuesen menos desastrosos.

La civilizacion, que ha despojado á la guerra de su parte poética, se esfuerza en despojarla tambien de la parte positiva que podia servir de compensacion á los horribles desastres por ella causados y á los enormes sacrificios por ella impuestos. Impotente para arrancar de cuajo el árbol que todo lo destruye con su maligna sombra, se contenta con impedir el aprovechamiento del escaso fruto que no era completamente nocivo. Ya que ha hecho mas copioso el derramamiento de sangre humana, quiere hacerlo mas estéril é infecundo. La civilizacion anatematiza las guerras de conquista. Bien, si es para cegar el manantial que tanta ponzoña ha difundido con su asoladora corriente, si es para destruir en su gérmen todo pretesto á los delirios de la ambicion y toda esperanza de éxito á las agresiones injustificadas. Pero cuando una guerra es justa en su principio, y casos hay en que no puede menos de serlo, ¿por qué no han de ser justas y legítimas sus naturales consecuencias? ¿Por qué no ha de sufrir la pena del talion, si la suerte de las armas le es adversa, la nacion que valida de su prepotencia invade un territorio que ambiciona? Y si es lícito invadirlo y devastarlo, ¿por qué no ha de serlo adquirir su perpétuo dominio? ¿Por qué no se ha de permitir que repare los daños el mismo que los ha producido? ¿Por qué no ha de poder regir con equitativas leyes el que ha podido esterminar con mortíferos cañones? Se quiere que el vencedor se contente con algunos millones, que de seguro no ascienden á la mitad de los dispendios á que se habrá visto forzado, ni á

una pequeña parte de las incalculables pérdidas que sin duda habrá sufrido. Pues qué ¿se indemniza todo con el oro? ¿No es una vergüenza que la sangre de los pueblos sea una especie de cargamento averiado que da lugar á transacciones comerciales, y que los grandes conflictos de naciones poderosas se rebajen á las condiciones de un litigio entre mercaderes?

Ningun particular puede en conciencia acudir á los tribunales para esquivar ó retardar el cumplimiento de una obligacion legitimamente contraida, ni para ver si por torcidos medios obtendrá la posesion de un objeto que de ningun modo le pertenezca. Los tribunales se han erigido para declarar y sostener los derechos de aquellos que los tienen, no para crearlos ni conferirlos á quien de ellos se halla desposeido. Así las naciones no deben empuñar las armas sin estar seguras de la justicia de su causa. Ni los triunfos ni los reveses cambiarán el carácter moral de las cuestiones que hayan dado origen á sus conflictos. Solo pertrechadas con la validez y bondad de un derecho inviolable, pueden apelar á ese tribunal imponente que tan caro cuesta á la humanidad, llevando por todas partes la consternacion y el luto. Pero una vez en ese terreno ¿qué razon hay para que la nacion favorecida por la suerte no reciba la única recompensa digna de sus esfuerzos? ¿Se ha de pelear únicamente para matar hombres, arrasar ciudades, hundir flotas y destrozár monumentos? Donosas ventajas por cierto! ¿Se han de degollar recíprocamente millares de ciudadanos por pura vanidad, ó lo que es peor, por espíritu de venganza? Un aumento de territorio es la consecuencia mas natural de los triunfos obtenidos, la compensacion mas justa de las ofensas irrogadas, de las vejaciones sufridas, de los tesoros consumidos y de los heróicos sacrificios que ha sido necesario sobrellevar. Así lo halagüeño del porvenir disminuiría los horrores de lo presente, y la generacion malparada por las vicisitudes de la guerra podría consolarse de sus desastres y sacrificios con la esperanza de su futura prosperidad y engrandecimiento. La

conquista por sí sola no da verdadero derecho; pero en la justicia de la guerra se funda el derecho de conquista.

Pues qué! Si la España estaba completamente en su derecho al invadir la costa africana, ¿por qué no habia de utilizar sus victorias estableciendo allí la base de una grandeza que sin duda está reservada para mejores dias? Por qué no habia de llevar allí la civilizacion de la cruz que es la mejor de las civilizaciones? Por qué no habia de arbolár su roja y amarilla bandera en algunas ciudades, pueblos y fortalezas para testimonio perpétuo de su valor y de su triunfo? ¿Qué ventajas ha sacado de aquella gloriosa expedicion? qué menos tendria ahora si hubiese sido vencida? la indemnizacion de algunos millones? gran consuelo para la muchedumbre de cadáveres que quedaron tendidos en aquellas breñas, merced á las convulsiones del cólera y á la lluvia de las balas enemigas! ¿Qué derecho tenia la *civilizadora* diplomacia para interponer su veto, y proteger la barbarie marroquí y obligar á la España á que se contentase con estériles laureles? No sin misterio este árbol que no da fruto es el símbolo de ciertas victorias.

Mas de mil años ha que algunas ciudades y provincias se hallaban paternalmente regidas por una série de soberanos, á quienes no faltaba ninguna de las condiciones de la legitimidad mas exigente: aunque pequeño formaban un estado independiente y sobre el cual ningun derecho tenia la nacion que se estiende mas allá de sus linderos; ninguna agresion por su parte habia podido dar un motivo de queja. Y héte aquí que la nacion poderosa, sin mas razon que su fuerza, intenta y consuma el mas sacrilego despojo. Un monarca, que por lo exíguo de sus dominios y por lo especial de su carácter podia llamarse indefenso, se ve súbita y pérfidamente acometido, y víctima de la prepotencia no tiene mas libertad que la de optar entre las condiciones de fugitivo ó de prisionero. Imaginemos ahora que en nuestra época de egoismo y depresion del sentido moral hubiese existido en la cristiandad uno de aquellos príncipes, como los que existian en la edad

media, que sintiendo profunda aversion á los actos de villanía, se erigian en reparadores de las grandes injusticias y se lanzaban sin miedo á caballerescas empresas. Pues si este levantando numeroso y aguerrido ejército hubiese volado al socorro del monarca inicua-mente destronado, y batiendo al enemigo le hubiese obligado, no solamente á la restitucion de las ciudades y provincias usurpadas, sino á ceder parte de su territorio para ensanchar las fronteras del pequeño estado y ponerlo á cubierto de nuevas invasiones, ¿no seria esta una hazaña digna de todo aplauso y encomio? no seria enteramente justo que el despojador fuese despojado? no seria completamente legítima la dominacion establecida sobre las provincias nuevamente agregadas? Hay algo mas natural, mas razonable, mas equitativo, mas justo que ese derecho de conquista?

A nadie se le oculta que Francia ardía en impaciente deseo de recobrar lo que llamaba sus fronteras naturales. Una parte del territorio prusiano era el *angulus ille* de Horacio, que no la dejaba dormir tranquila. Un ensanche territorial era la aspiracion de su soberano, y de esta aspiracion participaba la nacion entera. Para realizarla se queria la guerra, y la opinion pública empujaba al monarca y la ambicion del monarca se sentia no poco halagada; para realizarla se hacian entretanto formidables aprestos, y crecian los ejércitos, y se multiplicaban las fortificaciones, y se perfeccionaban los armamentos, y se inventaban nuevas y espantosas máquinas de destruccion y muerte: para realizarla se aprovechó el primer pretexto al creerse llegada una favorable coyuntura, y se declaró la guerra á Prusia, guerra que de ningun modo se necesitaba para desbaratar las intrigas prusianas si tales intrigas existian. La Francia ha sido vencida, ha sido horriblemente humillada, ¿qué tendria pues de irracional ni de afrentoso el que comprara la paz con la cesion de la Alsacia y de la Lorena? En su deplorable situacion, ¿no es un arranque de jactancia que subleva, ó un acto de demencia que hondamente lastima, el exclamar que no cederá ni una pulgada de su terreno ni una piedra de

sus fortalezas? Pues qué! cuando confiaba en ir victoriosa hasta Berlin y desde allí dictar las condiciones de la paz, ¿pensaba otorgar esta paz sin que la Prusia perdiera ni una pulgada de su terreno ni una piedra de sus fortalezas? ¿Es acaso mas sagrado el territorio francés que el territorio prusiano? Las atrocidades desgracias de que es víctima la Francia atraen sobre ella la compasion de todo el mundo, pero esos fieros y alharacas de la vanidad francesa apartan esta compasion ó la reclaman con nuevo motivo. Y los gobiernos de las grandes potencias, que con ese humanitarismo de los filántropos ingleses que asisten impasibles á las sangrientas luchas de los *boxeadores*, no han querido ó no han sabido impedir los horrorosos estragos de esta guerra, que han visto, cual desde un palco escénico, como caian batallones enteros á los disparos de una ametralladora, como se bombardeaban sin piedad ciudades enriquecidas de preciosos monumentos, como se inmolvaban hecatombes y se sucedian reveses militares que no tienen igual en la historia, ¿han de acudir mañana á protocolos y conferencias y deliberaciones para ver si la Prusia puede engrandecerse ó no con unas cuantas leguas de territorio? ¿Han de venirse con tranquilas y dificultades para ver si en la época presente pueden existir ó no guerras de conquista? Francamente, es preciso tener el sentido moral algo torcido y el estómago muy fuerte, para entregarse con calma á ciertas consideraciones que sugiere la civilizacion actual.

T. AGUILÓ.

GLORIAS HISPANO-CATÓLICAS.

BATALLA DE ALCORAZ.

CONQUISTA DE HUESCA.

Dos son las épocas mas brillantes de la historia de Huesca, separadas por un período de tinieblas y servidumbre; la romana y la feudal, la de su conversion y la de su libertad, la de sus mártires y la de sus guerreros. Junto á la ermita que recuerda la gloriosa victoria de Alcoraz, un templo consagra

el lugar del nacimiento de San Lorenzo; el *tozal* ó cerro de los mártires se levanta en frente del *pueyo de D. Sancho*; contiguo á la sangrienta *campana* de los degollados caballeros está el pozo de las santas vírgenes Nunilo y Alodia; allí descansan los restos de Alfonso *el batallador* y de Ramiro *el monje*, allí el pueblo venera en los altares las reliquias de Lorenzo y Vicente sus inmortales compatriotas.

Grande y esclarecida brota de la noche de los tiempos Osca la Ilergete con el mismo nombre que no modificó hasta fines del siglo XIII; condecorárala con el título de *ciudad vencedora* sus señores los romanos, para quienes acuña en oro y plata la preciada moneda *Oscense* trasportada á cargas por los avaros procónsules al centro de los tesoros del universo. Un proscrito de Roma, aliando su particular agravio al de los subyugados pueblos, enseña á la España el secreto de su fuerza, y despues de sublevarla y de arrollar por todas partes á los tiranos, escoje á Osca por residencia suya: á orillas de aquellos riachuelos ha paseado Sertorio grave y meditabundo, tal vez pensando melancólicamente en el Tíber que ya no debía ver mas, tal vez en dar una rival á Roma, y en trazar colosales designios que el puñal del traidor Perpenna habia de cortar en medio de un festin. Osca indefensa tiende otra vez las manos á las cadenas de oro de sus señores; y su precoz adhesión á la causa de César no hace sino granjearle de los sucesores de este mayores privilegios. Llega el plazo de otra lid mas heróica que la del patriotismo: proclámase una emancipación mas elevada que la nacional, la emancipación de los espíritus, el cristianismo; y Osca contribuye con la sangre de dos famosísimos campeones. Hijos suyos fueron Lorenzo y Vicente, segun testimonios poco equívocos de una tradición no interrumpida, martirizado el uno en Roma bajo el imperio de Valeriano, y en Valencia el otro durante la persecución de Diocleciano; ambos diáconos y deudos, ambos privaron á su patria del espectáculo de su glorioso suplicio, ambos reposan fuera de ella, el uno en la capital del orbe, y el otro ve disputada la posesión de sus restos entre la Francia y Portugal.

A dos millas de la ciudad, en el sitio donde existió el lugar de Loret propiedad de los templarios, se levanta una iglesia adjudicada primero al monasterio de Montearagón, cedida por Felipe II á los agustinos á cuya fundación aplicó la hacienda de Martín de Lanuza, reedificada al estilo moderno en 1777 con tres elevadas naves y elegante crucero, y abandonada á la ruina desde la reciente espulsión de los religiosos. Allí, siguiendo la tradición de la

iglesia de Huesca, vivían retirados los santos esposos Orencio y Paciencia cuyos restos fueron venerados en aquel templo hasta nuestros días; allí nacieron sus dos gemelos Lorenzo y Orencio desde allí el anciano Sixto antes de ceñir la tiara se llevó á Roma al jóven Lorenzo, que debía seguir las sangrientas huellas de su martirio. Orencio sobrevivió al triunfo de su hijo, y lleno de días fué á reunirse en el sepulcro con su esposa; su hijo del mismo nombre, arzobispo de Aux, fué en su metrópoli elevado á los altares.

Una opresión debía producir mas tarde nuevos héroes. Huesca ceñía el turbante desde siglo y medio; los caudillos cristianos se habían acercado en vano á libertarla, y algunos oscuros mozárabes se replegaban tímidos en torno de la cruz y de las santas reliquias para conservar una centella de fé moribunda, cuando en una plaza donde se edificó despues una iglesia de San Salvador, eran arrastradas al suplicio dos tiernas vírgenes. Nunilo y Alodia era su nombre, su patria el vecino pueblo de Adahuesca; nacidas de padre moro y madre cristiana, inútiles habían sido para atraerlas á la abjuración del cristianismo las amenazas del valí Zumahil y los consejos de un sacerdote apóstata. «Haz lo que me vieres hacer,» decia la mayor á su hermana, recogiendo el cabello para dejar la cerviz descubierta al cuchillo del verdugo, que descargó mal el golpe cortándole una mejilla. Entonces Alodia cubrió con presteza el casto cuerpo de su hermana, y envolviéndose cuidadosamente en su túnica y desdeñando la vida que se le ofrecía, reclinó sobre el tajo la cabeza. Sus cadáveres fueron entregados con los de los malhechores á las aves de rapiña en un montecillo á pocos pasos de la ciudad, donde ahora se vé la ermita de los mártires distintas veces renovada; pero los buitres velaban por ellos, milagrosos resplandores los iluminaban de noche, los cristianos intentaban sustraerlos, hasta que Zumahil mandó arrojarlos en un pozo que aun se conserva con veneración frente del lugar de su martirio. De allí fueron estraidos, ocultamente sin duda, pocos años despues por encargo de Iñigo Arista, y cedidos al monasterio de San Salvador de Leyre.

Al lado del *tozal de los mártires* se eleva á la izquierda otro cerro de igual altura, llamado todavía el *pueyo de D. Sancho*, desde donde el victorioso rey contemplaba la ciudad enemiga en cuyas torres iba á plantar la cruz, y donde recibió la muerte que la santidad de su empresa pudo convertir en belicoso martirio. Huesca solo inferior á Zaragoza

en importancia durante la dominación sarracena en Aragón, se presentaba á sus libertadores como tierra prometida, y era el blanco de sus armas, tanto por sus antiguas glorias religiosas, como por vengar los daños que sus valíes irrogaban á los cristianos de la frontera. En vano la timidez ó perfidia del valí Hasan entregó en 797 las llaves de la ciudad á los francos invasores; en vano Luis hijo de Carlomagno en 802, y su general Heriberto en 809 intentaron domarla con los rigores de un largo sitio; en vano los cristianos fortalecidos con la alianza del rebelde Hafsun hicieron temblar á los musulmanes dentro de sus muros, derrotando junto á Tudela á los valíes de Huesca y Zaragoza, y Calib hijo del terrible aventurero se apoderó de entrambas ciudades á últimos del siglo IX; en vano el bravo centullo, el cid del reinado de Sancho Abarca, hizo tributario el país hasta el pié de los muros de Huesca, y Ramiro I venció por dos veces á su valí que le negaba vasallage: estos triunfos no eran fecundos sino para la gloria, y estas conquistas no pasaban de momentáneas invasiones arrolladas con la sumisión de los rebeldes, con la estinción de las discordias ó con la presencia del califa Cordobés.

Mas fuerte y segura red habia tendido á Huesca Sancho I; en Marcuello, Loarre y Alquezar, á muchas horas de distancia, habia edificado tres castillos que fueran como la primera línea de circunvalación, estrechándola poco á poco hasta dominarla desde el vecino collado de Montearagon y plantar sus tiendas al pié de los muros. Despues de talada toda la llanura hasta el rio Vero, y ahuyentados los castellanos que acudian al socorro de la media luna, el rey cristiano miraba ya segura su presa, cuando un dia de los primeros de junio de 1094, mientras él designaba con el brazo el flanco por donde se podia introducir el estrago en la ciudad, una saeta enemiga disparada desde uno de los musgosos torreones, que aun permanecen en frente del pueyo, halló el camino de su corazon al través de la loriga, hiriéndole de muerte. Disimuló el dolor y la herida animosamente, y convocados sus ricos hombres, les habló con ademan sereno de los riesgos de la guerra y de la oportunidad de elegir un sucesor para cualquier evento, les recibió el juramento de fidelidad al príncipe D. Pedro y á este el de no levantar sus pabellones sino para entrar en Huesca, hasta que al quedarse solo con su hijo, cayó desfallecido en sus brazos, muriendo de allí á breves horas. No oyó Sancho los clamores triunfales de sus huestes, ni descansó en los muelles tapices de los vencidos; pero sus ojos moribundos

presintieron el albor de la victoria; dentro de su tumba aun caliente penetraron los ecos atronadores de Alcoraz. Dios no cumplió sino en parte sus fervientes votos, llamándole á mejor reino, y reservando para su hijo los laureles de la tierra.

Al extremo opuesto de la ciudad se estiende, al pié de otro cerro algo mas elevado y mas distante de sus muros, la ondulosa llanura de Alcoraz, cuyo glorioso timbre no alcanzó á empañar la sangre española que la regó últimamente en 1837, haciendo teatro de nuestras discordias civiles al que lo habia sido de la heróica fé de nuestros ascendientes. Dos años y medio habian trascurrido desde que la musulmana Huesca contempló con triunfo la pompa fúnebre del monarca sitiador, esperando de cada dia ver deshacerse el fatal círculo de lanzas que la ceñia ó asomar por el lado de Zaragoza la salvacion, cuando al amanecer del 25 de noviembre de 1096 levantó un grito de alborozo á vista de los campos hechos un mar de turbantes, en medio de los cuales apenas se distinguian las armaduras del ejército cristiano como un punto oscuro que las olas iban á envolver por momentos. Sin embargo el valor multiplicaba su número, las hazañas revelaban su nombre. El brioso mancebo puesto al frente de la vanguardia era el hermano de Pedro I, el príncipe Alfonso que tantas coronas debia reunir, y que entonces no soñaba sino en las de laurel: á su lado peleaban dos campeones, Gaston de Biel y Barbatuerta, tronco el uno de la ilustre familia de Corneles, el otro de la de Corellas. En el centro se distinguian los bizarros caballeros Ferriz de Lizana, Briocalla ó Bachalla, Garcia de Trusillo, Lope Ferrench de Luna y Gomez de Luna; y á retaguardia el rey D. Pedro, rodeado de sus valientes Jimeno Aznarez de Oteiza, don Ladron y Sancho de la Peña, impedia la salida á los sitiados, volviendo los ojos con sobrenatural confianza á la urna levantada en alto donde reposaban las cenizas de S. Victorian, seguro de la victoria que en sueños le habia prometido. Distinguíanse por su estrangera armadura y su imperial divisa dos combatientes, hijos entrambos, segun las crónicas, de Enrique IV de Alemania, atraidos por la piedad como peregrinos al sepulcro de Santiago, y de allí al cerco de Huesca por su espíritu helicoso; llamábanse Conrado y Maximiliano, y los genealogistas no escrupulizan en hacer derivar del segundo la noble prosapia de los Jimenez de Urrea. A la cabeza de trescientos montañeses armados de ferradas mazas erizadas de púas, que destrozaban los cráneos sarracenos no protegidos ya por los muelles turbantes, hendia las hues-

tes Fortun de Lizana, redimiendo á fuerza de hazañas la culpa que en el anterior reinado le habia valido un destierro: no parece sino que de aquel dia datan todas las glorias de Aragon, y que sus mas ilustres estirpes brotaron fecundadas con la sangre de Alcoraz. Pero nadie conoció á un ginete de refulgentes armas, con cruz roja en el pecho y en el escudo, seguido á pié por un guerrero de igual divisa; diríase que sus formas eran aéreas, tan ligeramente penetraba por entre los mas cerrados escuadrones, que su brazo era la muerte, que su espada era el rayo matando sin herir apenas.

Todo el dia no fué sino un espantoso estruendo de trompetas y añafles, de clamores y gemidos, un caos confuso, una densa polvareda á fuera, una zozobra palpitante adentro. Al caer de la tarde la furia de aquella tempestad habia amansado; aun parecia el campo como á la mañana un mar de turbantes, pero surcado ya por arroyos de sangre: los treinta mil que allí yacian no habian de despertar. El rey Almozaben con los restos de su ejército corria á encerrarse en Zaragoza, perseguido por los cristianos hasta Almudévar; el conde de Cabra García Ordoñez, en mal hora aliado con los enemigos de su fé, tomaba con los suyos el camino de Castilla, confuso al par por su derrota y por el generoso perdon que se le otorgaba; el valí de Huesca Abderraman, biznieto por su madre del terrible Almanzor, se despedia de su harem y de sus mezquitas; el rey D. Pedro mandaba enarbolar las cruces para entrar en su nueva corte.

La pacífica entrada en Huesca se verificó á los tres dias, en 28 de noviembre: una procesion fué la pompa triunfal de los vencedores, mientras con sus vestidos y armas salian por otra puerta los vencidos. En el repartimiento del botin y en la profusa distribución de mercedes en vano se buscó al caballero de la cruz roja; no se encontró mas que á su compañero, quien atónito entre desconocidas gentes, y de nadie comprendido en su aleman idioma, preguntaba por Antioquía, preguntaba por los cruzados, preguntaba por el misterioso campeon que salvándole de las cimitarras árabes á orillas del Orontes, y colocándole á la grupa de su caballo, le habia trasladado hendiendo los aires á otra batalla no menos sangrienta contra idénticos enemigos. Espresóse como pudo en latin bárbaro ante los sacerdotes, y oida su relacion, todos se postraron á adorar al Altísimo, y reconocieron en el invicto caballero al glorioso san Jorge, cuya roja cruz con las cuatro cabezas de jeques moros recogidas en el campo de batalla formaron por algun

tiempo el blason de la monarquía. Este episodio mas propio de la epopeya que de la historia, pero que aproxima poéticamente los extremos de la Europa y del Asia puestos á un tiempo en armas contra el islamismo, se ha perpetuado en la tradicion; y desde entonces un monumento erigido en lo alto del cerro, una ermita que ha cambiado de forma con los siglos, y que retiene la que en el XVI le dió el maestro Domingo Almanzor imitando en pequeño la catedral de Barbastro en sus tres naves iguales y en su esmaltado techo, recuerda la aparicion de san Jorge y la victoria de Alcoraz, enlazando la fé con la gloria, y rodeando de sobrenatural esplendor los laureles.

J. M. Q.

ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LA PROVINCIA.

Cada dia produce mas excelentes resultados la Asociacion de Manacor. El número de sus socios se acerca ya á 1200: á principios del corriente mes se abrió enseñanza de instruccion primaria y de música, y concurren ya mas de 200 alumnos á las escuelas. Declarada la fiebre amarilla en la capital, se apresuraron á ofrecer al ayuntamiento y junta de sanidad del pueblo los servicios personales de cien individuos para la ejecucion de cuantas medidas se dictaran á fin de impedir el desarrollo de la enfermedad, y en el desgraciado caso de que no se lograra ofreció su edificio montado en hospital con la correspondiente asistencia médica y farmacéutica.

La sesion del domingo 13 fué consagrada á dar un testimonio de adhesion al pontificado en medio de las deshechas borrascas que le combaten. Despues de un sencillo y espresivo discurso del socio honorífico D. Jaime Santandreu y de otro del activo secretario de la sociedad D. Juan Amer, dirigido especialmente el primero á escitar los sentimientos y el otro á ilustrar las inteligencias, se leyó una protesta contra la opresion de que es objeto el papa, acompañada de una carta al mismo, y se hizo una colecta para atender á sus necesidades, acordando repetirla el domingo próximo. Ambos documentos se redactaron en mallorquin para demostrar que el catolicismo habla todas las lenguas; y no podemos resistir al deseo de copiar siquiera la protesta por lo enérgica y razonada, si bien traduciéndola para que llegue á conocimiento de nuestros lectores del continente.

PROTESTA.

«La asociacion de católicos de Manacor en la isla de Mallorca, reunida bajo el manto immaculado de Maria purísima, ha oido la voz del gran pontífice de la Iglesia, que se lamenta con amargura de su falta de libertad en el ejercicio de su jurisdiccion espiritual desde que se le ha arrebatado el dominio temporal que tenia sobre Roma. La asociacion ha sentido penetrar aquella voz, cual si fuese cruel espina, hasta el fondo de su corazon; y aunque sea desde un rincon del mundo, desde esta concha perdida en medio del

mar, levanta la voz de sus 1200 socios para responder á la del gran pontífice y protestar con toda la energía de sus potencias y á la faz de todo el mundo contra el cautiverio de su padre el gran Pio IX.

«Protesta contra la falta de libertad del pastor universal, que le priva de poder guardar la grey que Dios le tiene encomendada.

«Protesta contra la pretension de robar á trecientos millones de católicos el sosiego de sus conciencias, el deseo mas grande de su corazon, la aspiracion mas legítima de su inteligencia, en una palabra, la seguridad de los medios para salvar sus almas.

«Protesta contra la situacion de los asuntos de Roma que hace imposible la continuacion del concilio Vaticano, destinado á ser la gran antorcha que ha de iluminar el mundo y cegar á cuantos se atreven á mirarlo hito á hito.

«Protesta contra la pretension de rebajar á Roma ciudad de los papas desde la alta categoría de capital del catolicismo á capital de una nacion cualquiera, á ciudad de un César, de privar á todo católico de considerarse en su casa propia al poner los pies en la ciudad santa, pasando en ella por un extraño; pues jamás consentiremos en dejar de ser romanos y en perder la ciudadanía de la ciudad de Dios.

«Protesta contra la pérdida de la soberanía temporal de los papas, que docientos y tantos obispos, procedentes de todas partes del mundo y congregados en Roma pocos años hace, declararon necesaria para su independencia espiritual.

«Protesta contra una usurpacion que echa por el suelo toda justicia y conculca todo derecho, usurpacion que haciendo de las altas regiones de un trono, amenaza arrastrar la generacion presente á desconocer lo tuyo y lo mio, convirtiendo la tierra en un palenque donde no habrá mas derecho que la fuerza ni mas ley que el capricho.

«Protesta contra el principio del nuevo derecho de gentes que pretende legitimar acciones que castigan con grillos y cadenas todos los códigos de los pueblos civilizados, puesto que jamás la verdadera justicia hará distincion moral entre el acto de un individuo y el de una nacion.

«Protesta contra la hipocresía nunca vista de quien pretende ser mas católico que el papa, y que se atreve á desmentir falsamente lo que su padre asevera con toda sinceridad, pues no hay ingratitud mas negra que la ingratitud de un hijo.

«Protesta finalmente, uniendo sus protestas á las del gran Pio IX y á las que han elevado los católicos de nuestra siempre católica nacion y los de las demás naciones de Europa, contra todos los que no pueden, como nosotros los de Manacor, mostrar sobre la *mano* su *corazon* como escudo y emblema de cordial sinceridad y de noble franqueza.

«Fortalecidos los católicos de esta villa con el pan de los ángeles, que todos se han apresurado á recibir, y con la fortaleza que dá la oracion á los piés de María inmaculada, prometen ante Dios y en presencia de su Madre purísima trabajar sin descanso para que pronto vuelva el reinado de la verdadera justicia, que no puede restaurarse por otra vía que por la práctica de la doctrina de Jesucristo cual la enseña el sucesor del infalible Pedro, el gran Pio IX papa y rey.»

La Asociacion de Ciudadela de Menorca prospera singularmente, aumentando de cada dia los socios que pasan

ya de 350. El domingo 30 de octubre se celebró su instalacion con una brillante fiesta en la iglesia de S. Agustin, pronunciando el sermón nuestro querido colaborador el señor Vives doctoral de Ibiza, y por la tarde con una numerosa reunion en el espacioso local de la sociedad, en la magnífica casa de D. Juan Saura y Font que la ha cedido generosamente para dicho objeto. A principios del mes entrante se inaugurarán las escuelas nocturnas y dominicales. Los socios están divididos en doce secciones con sus respectivos directores, tesoreros y secretarios, las que se reunen ya por separado semanalmente. Las seis primeras, cuyos individuos son de la ciudad, celebran sesion entre semana, y las otras seis, que se componen de payeses, la tienen en domingo.

CRÓNICA.

La *Gazzetta d'Italia* da como auténtica una importantísima noticia. Segun este periódico el gobierno de Paris es favorable á la causa del papa, y el general Trochu ha escrito á Pio IX una carta en que en resumen dice que «el dia en que tomó el mando de la plaza de Paris, declaró que en cuanto cesaran los peligros de la patria se retiraría á la vida privada; pero que los peligros de la Santa Sede le han hecho variar de resolucion. Ahora no desea el reposo de la vida doméstica, antes se propone no envainar la espada hasta que el pontífice vuelva á su trono y desde ahora, para cuando terminen los desastres de Francia, ofrece esta espada al vicario de Jesucristo.»

Hablando de esta declaracion del periódico italiano, dice el *Univers*:

«Segun este análisis de la *Gazzetta*, se aumenta el valor del documento del cual este periódico asegura la autenticidad. No es un indicio de los sentimientos del gobierno de Paris: es un testimonio de los sentimientos elevados y cristianos propios del general Trochu, y un despacho de Florencia del 13 de noviembre restablece el valor privado del documento de que habla la *Gazzetta*.

Se desmiente que el general Trochu haya escrito al papa prometiéndole el socorro de Francia; pero no se desmiente la existencia de la carta: solo se restringe su significacion. Es un acto que honra al general Trochu y que es de sentir que no comprenda á todo el gobierno.»

Tambien en Inglaterra crece el movimiento católico hostil á las violencias del gobierno florentino.

El secretario de una junta seglar, segun dice el *Tablet* de Londres, ha publicado una fórmula de protesta contra la invasion de Roma, la cual en pocos dias ha reunido grandísimo número de firmas, entre las cuales hay dos mil de los mas distinguidos católicos ingleses. Esta protesta la firman casi exclusivamente seglares.

El padre Dalmou rector de los misioneros de Loudres ha escrito otro mensaje-protesta al papa para que la firmen los católicos de todas clases, estados y condiciones. En menos de quince dias este mensaje que espresa los mas firmes principios y las mas ardientes simpatías de los fieles, ha reunido mas de *cuatrocientas mil firmas*, y por el correo se reciben diariamente en Londres muchos millares de ellas. Hasta ahora las ciudades de Manchester, Newcastle, Edimburgo y Glasgow, son las que mas parte han tomado en esta manifestacion católica.

Los ministros y embajadores de las potencias acreditados cerca de la santa sede, han recibido orden de sus respectivos gobiernos de no presentarse ni visitar oficialmente á Víctor Manuel, ni aun por cortesía, cuando entre en Roma.